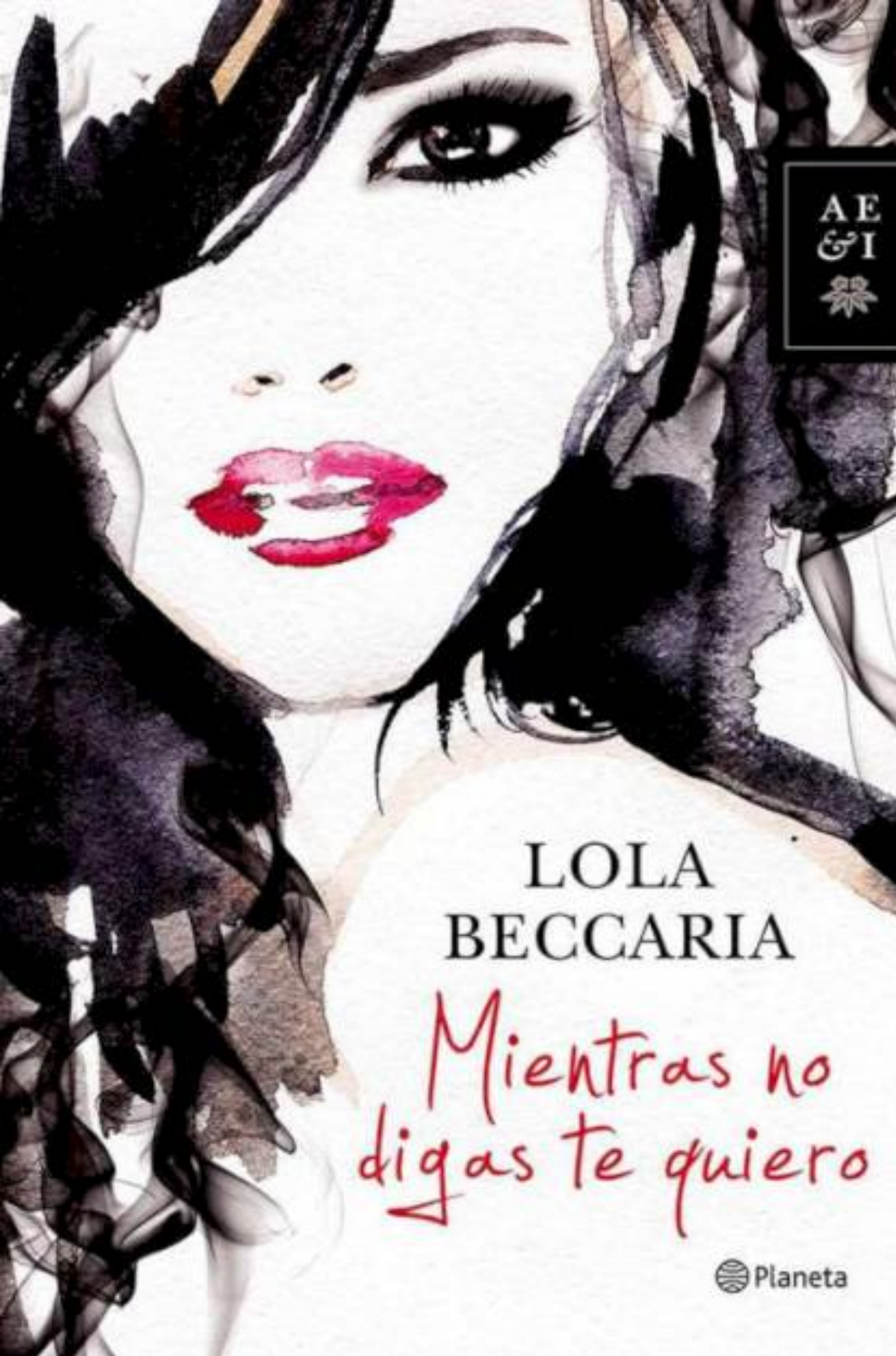

AE
&
I
LOLA
BECCARIA
Mientras no
digas te quiero
Planeta

Índice

Portada
Dedicatoria
Cita
IRIS
ESMERALDA
JANE
IRIS
CYRANO
EL SALÓN DE AFRODITA
LAS DIOSAS DEL OLIMPO
ARIADNA
ATENEA
HERA
AFRODITA
DEMÉTER
PERSÉFONE
EL TALLER
ELLA
EL TALLER
AFRODITA
HERA
DEMÉTER
ARIADNA
ATENEA
PERSÉFONE

MOE
EL TALLER
TATIANA
ELLA
MOE
EL TALLER
ESMERALDA
EL TALLER
IRIS
CARLA
EVA
DENISE
SONIA
ANITA
CARLA
JULIA
Y FINALMENTE... MARC
Créditos

Te damos las gracias por adquirir este EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Próximos lanzamientos
Clubs de lectura con autores
Concursos y promociones
Áreas temáticas
Presentaciones de libros
Noticias destacadas

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora Descubre Comparte

Para Carmen Vázquez,
a quien los dioses
pusieron en mi camino

No importa lo que nos haya hecho la vida, no importan las pocas fuerzas que nos queden o el dolor sufrido. No podemos seguir viviendo en el desierto. Debemos dominar nuestra flaqueza, arrastrarnos por la tierra si es preciso y regresar al corazón.

IRIS

—Tienes que reciclarte, Iris.

Quien hablaba era un hombre obeso, de pelo canoso y enormes ojos verdes, sentado tras un escritorio. Una esquina de pan de molde le asomaba por entre los dedos. Sobre la mesa, en una bandeja de cartón gris, aguardaba un último emparedado, que parecía esperar su destino con resignación.

En un ángulo del escritorio reposaba un calendario del año en curso abierto por el día 23 de junio, en cuya página lucía una frase impresa, «La mayoría de las preocupaciones son completamente inútiles», y, en el otro extremo, un vaso para lápices y una caja de plástico transparente que contenía tarjetas. En la primera del mazo se podía leer: «StarBien. Centro de Crecimiento Personal. Mario Bernon, director».

—¿Qué quieres decir, Mario? —preguntó la mujer morena que estaba sentada frente a él.

El pastoso cerquillo de los labios y las pringosas pinceladas de salsa, de amarillo ocre intenso, que decoraban la regordeta mano del hombre, le conferían un aire artístico, como si hubiera estado pintando al óleo. A Iris le encantaba el curry y tenía hambre. Al primitivo gesto, instintivo, de desear lamerle la boca a Mario siguió un rechazo racional severo. Su conciencia parecía decirle ¡pero cómo se te ocurre ni pensar en ello!

—Pues eso precisamente. —La última esquina del emparedado desapareció por entre la fila de dientes—. Tienes que reciclarte, cambiar de rumbo. Mira, aquí lo dice bien claro.

Mario cogió entonces el calendario y comenzó a pasar las hojas en sentido inverso, volviendo al mes anterior. Mientras él se entretenía en la búsqueda, Iris no podía dejar de mirarle las redondeces que le silueteaba la camisa. Sentía la tentación de tocarlas, solo porque parecían mullidas y suaves. La grasa acumulada en el cuerpo de Mario era un conjunto escultórico que atraía su atención y las ganas de aproximarse y tocar.

Por fin el hombre pareció encontrar la página que buscaba. Ella arqueó la espalda y, desde su posición, avanzó el tronco, estirando el cuello, para tratar de ver lo que Mario le señalaba.

—«Si lo que haces no funciona, haz algo diferente» —leyó—. Pero mira este otro.

El tipo siguió invirtiendo el tiempo del calendario, pasando los días hacia atrás.

—«Acepta lo que no puedas cambiar y cambia lo que no puedas aceptar» —continuó leyendo.

Iris se echó para atrás de golpe, hasta que su espalda pegó contra el respaldo de la silla. Le costaba respirar.

—Mario, ¿me puedes hablar claramente?

—Sí, Iris, pero no quiero que te lo tomes por la tremenda. —Mario abrió mucho los ojos y esperó.

—¿Por la tremenda? —repitió ella—. ¿Pero qué pasa? ¿Tan grave es?

—No, mujer, no es eso... Es que como a veces te pones tan... dramática...

—¿Dramática?

Iris cerró los ojos un instante, y luego los volvió a abrir, tal vez esperando que mágicamente el paisaje que tenía

enfrente hubiera cambiado. Pero el gordo seguía allí. Y había empezado el último emparedado, que era de ensaladilla.

—No te preocupes, Mario —dijo ella—. Procuraré contenerme. Suéltalo ya, por favor.

—Bueno, el caso es que... si no me propones algo interesante y alternativo, me veré obligado a... —y aquí hizo una pausa— prescindir de tus servicios.

Mario contuvo la respiración y miró de reojo a Iris. Enseguida volvió la vista al sándwich y le dio un segundo mordisco.

—Pero, Mario, ya te dije en su día que mi taller era muy especial y que llevaría su tiempo darlo a conocer, pero que a la larga sería todo un éxito —explicó ella—. Y tú estuviste de acuerdo.

—Ya, ya, Iris, ya conozco la teoría —afirmó él—, pero nadie me dijo que esto iba a necesitar años. Y yo llevo un negocio, no regento una ONG. Necesito recoger los beneficios ya, no cuando sea viejo. —Recogió una miga que se había desprendido del emparedado—. Además...

—Además, ¿qué?

—Ha ocurrido algo.

—¿Qué?

—Se ha borrado otra más. Esta mañana ha venido a despedirse una tal Valeria.

—Ah, ¿sí?

—Sí. ¿Y sabes lo que me dijo?

—No, ¿qué?

—Pues que ya no tiene edad para andarse psicoanalizando y que mirarse por dentro no le interesa en absoluto, que se tiene muy vista. Que ella viene a los talleres para divertirse. Y que en su lugar se ha apuntado a un seminario de... ¡cata de gin-tónics!

—Mario, esa mujer es imbécil. Te lo digo yo. En lugar de cerebro tiene la cavidad craneal rellena de bellotas.

—¡Me importa un comino! —gritó Mario dando una palmada sobre la mesa.

Iris dio un salto en la silla.

—Esas bellotas son las que nos dan de comer. Y no las cuidas, Iris. No las cuidas.

—¿Y qué quieres que haga? —Iris miró al suelo.

—Pues ya te lo he dicho, y con dos frases zen incluidas. Tienes que cambiar. Reciclarte. Cam-biar.

—¿Cambiar a qué? Mario, el taller que doy lo he diseñado con mucho cuidado, y lleva mucho trabajo y mucho análisis, mucha investigación detrás.

—Pues haces otro taller. Uno distinto. Invéntatelo. Pero, por favor, esta vez que sea comercial. ¿Lo entiendes? Comer-cial.

—No es tan sencillo.

—Sí lo es. O eso —Mario hizo una pausa, tomó aire y continuó—, o te vas.

Iris se quedó congelada. Sintió como sus glúteos se contraían. El ultimátum de Mario parecía irrevocable y eso la obligaba a tomar una determinación de algún tipo. Plantar batalla o rendirse. La situación era desesperada. Intentó ganar tiempo antes de mostrar sus cartas.

—¿Y qué demonios hago entonces? —la pregunta era casi un reto.

—Pues haz algo para mujeres —propuso Mario, mientras volvía a pasar las hojas del calendario hacia delante, devolviéndolo al día actual—. Al fin y al cabo, son las que más vienen por aquí.

—Ya, a los tíos nunca os ha interesado el autoconocimiento, ¿verdad?

—Sí, mujer, sí. Lo de *auto* sí, por supuesto. Me encantan los coches. Lo de *conocimiento* menos, lo confieso. Me da

un poco de pereza.

—Como a Valeria, claro —Iris sonrió.

—Te advierto que si sigo confiando en ti es porque todavía te queda una fan en el centro.

—Ah, ¿sí? ¡Vaya!

—Sí, una tal Julia Scott. Debe de ser de origen anglosajón, aunque habla muy bien nuestro idioma.

—Sí, es una alta ejecutiva de una multinacional francesa. Lleva viviendo en España varios años.

—Vino a decirme que estaba muy satisfecha contigo. Que eres..., déjame recordar..., cómo lo dijo... Espera un momento, si hasta lo escribí y todo... Lo apunté cuando se marchó, para no olvidarme... Sí, sí, mira, aquí está... Dijo textualmente que «eres una mujer moderna, dispuesta a combatir los prejuicios de vuestro sexo a partir de una postura coherente, intelectual y científica».

—Esa mujer es increíble. —A Iris se le iluminó el rostro —. Me encanta.

—No sé qué quiso decir realmente, pero se la veía muy entregada contigo. No podemos perder este tipo de clientas. Dan mucho prestigio al centro.

—Ya. ¿Entonces?

—Entonces, lo dicho, Iris, lo dicho.

—Sí, cambiar.

—Eso mismo. Parece que te va entrando en la cabeza. Menos mal.

—Bueno, a la fuerza ahorcan, Mario, pero no me verás saltando de alegría. Te confieso que estoy tentada de renunciar.

—Es una opción. Pero necesitas el dinero, imagino.

—Sí, lo necesito.

—Entonces te reciclas y ya está. No es tan horrible, mujer.

—Me siento incapaz de montar otro taller.

—Iris, ¡no me jodas! No creo que sea tan difícil diseñar alguna actividad para mujeres.

—¿Para mujeres?

—Sí. Algo que tenga que ver con vuestros intereses. Lo que os gusta, lo que queréis, ¡yo qué sé!

—¿Y qué quieren las mujeres? —Iris lanzó la pregunta al aire, dándose cuenta de que ella misma no se sentía capaz de responderla.

—¿Qué quieren las mujeres? ¿Qué queréis las mujeres? —Mario se quedó callado, observando el resto del sándwich, encallado en su mano.

—¡Un marido! —Los ojos se le iluminaron—. ¡Eso es! ¡Un marido al que sacarle el dinero!

—No seas simple, Mario. —Iris levantó la vista al infinito —. No proyectes tus problemas personales en todo el género femenino, te lo ruego. Esto es serio.

—Lo que pasa es que ya no es tan sencillo —Mario siguió pensando en voz alta—. Ya no es tan fácil. Muchas os quejáis de que no pilláis, de que los hombres estamos replegándonos y no queremos compromiso.

—Lo que me faltaba —rezongó Iris en voz baja—. Esto no me puede estar pasando a mí.

—¿Qué?

—Que no estoy aquí para escuchar panfletos y topicazos machistas —terminó por reventar ella.

—No son topicazos, Iris. Lo que tú haces no sirve para nada. ¿Trabajar las emociones? ¿Pero eso qué es? Tienes que buscar algo práctico, que sirva para algo.

—¿Y te parece práctico ayudar a las mujeres a buscar marido? —preguntó ella con una sonrisa de medio lado.

Mario se quedó fijo, como si Iris lo hubiera hipnotizado.

—¡Exacto! ¡Eso es! ¡Un taller para buscar marido!

—Pero eso iría en tu contra —ironizó Iris casi riendo—. Tú no quieres que las mujeres se perfeccionen en la técnica

de seducir, porque acabarían sacándote hasta el último euro de la cartera.

—Exacto, Iris, has mencionado la palabra adecuada, euros, cartera, ¡dinero! —exclamó Mario—. Métete esto en la cabeza: yo quiero lo que dé dinero, Iris, y eso es lo que vas a hacer. Tú misma lo has dicho, ¡un cursillo de seducción para mujeres! Me parece espectacular.

—Venga, Mario, déjate de bromas, anda.

Iris se relajó en la silla. A veces aquel hombre demostraba un sentido del humor muy especial.

—¿Acaso algo en mi expresión, o en lo que te acabo de decir, puede haberte transmitido la equivocada impresión de que estoy bromeando? —El tono de Mario no era nada tranquilizador, mientras sostenía aquella postura, con la cabeza ladeada, los labios apretados y la vista centrada en Iris.

Al escuchar la última frase, Iris sintió un tirón en el cuello, como si sus músculos hubieran tomado el poder y se estuvieran encargando de frenar cualquier acción arriesgada.

—Pues yo tampoco estoy bromeando, Mario —anunció ella, desatendiendo toda advertencia.

—¿Qué quieres decir?

—Que no lo acepto. De ninguna manera. No me parece un curso que pueda yo impartir sin renunciar a mis ideas y principios. Lo siento, Mario, tendrás que buscarte a otra persona. Yo dimito.

Y aunque no estaban las cosas como para permitirse ese gesto de amor propio, Iris se levantó de la silla y abandonó el despacho, dejando a Mario a solas con su sándwich y su calendario zen y no sin sentir cierto vértigo confor-

me iba avanzando por el largo pasillo del centro en dirección a la salida.

Iris tenía también una consulta de terapia individual, donde ejercía como psicoterapeuta, pero casualmente se le había visto reducida de pacientes: cambio de ciudad, término de la terapia y enfermedad sobrevenida habían sido algunas de las razones del simultáneo descenso de su clientela. A ella le gustaba mucho, además, la terapia de grupo, y Mario Bernon la había contratado hacía un tiempo para dirigir los talleres de su centro. Ahora mismo ese dinero suponía un extra al que no podía permitirse renunciar. Y, sin embargo, lo había hecho.

La escena final, por otra parte, había resultado algo peculiar. Mario, que parecía no haberse dado por enterado de la negativa de Iris, le había hablado como si aquella dimisión jamás se hubiera expresado en voz alta. Le había dicho que se lo pensara despacio, que contaba con todo el verano para preparar el taller y que en septiembre debería tener preparado el texto de presentación para anunciarlo de cara al otoño. Estaba seguro de que algunas de las mujeres que acudían al centro para realizar otras actividades encontrarían atractivo el tema y se apuntarían. Antes de abandonar el despacho, Iris había visto a Mario frotarse las manos, y nunca supo si lo que estaba haciendo era limpiarse el pringue de los sándwiches o bien celebraba su propio hallazgo, a la manera de un avaricioso negociante que ve en el cercano horizonte aproximarse el beneficio de sus avispadas ocurrencias; una imagen, en cualquier caso, poco acorde con la del gestor de un centro de actividades de crecimiento personal.

El Star-Bien buscaba ser un espacio de armonía física y equilibrio mental, un oasis donde refugiarse de los problemas de la vida diaria y salir renovado, dispuesto a enfrentarse con nuevas energías —mediante prácticas orientales

milenarias combinadas con las más modernas tendencias— a los retos de la sociedad occidental. Y Mario era un adicto a lo novedoso. Su última adquisición había sido incorporar un taller de yoga *bikram,* actividad que incluía hacer yoga a cuarenta grados centígrados, o sea, como en una sauna. Iris siempre había tomado ese tipo de gestos como algo que, aunque a ojos ajenos pudiera parecer risible —practicar la postura del loto sudando como un pollo, por ejemplo—, era hasta original y, sobre todo, beneficioso para sus propios intereses. Pensaba que gracias a ese aspecto en cierto modo esnob del carácter de Mario estaba ella allí. No todo el mundo le habría abierto los brazos a sus propias iniciativas. La experiencia de Iris era, por desgracia, la contraria. En general, la gente era más proclive a ser como Valeria que como Julia Scott. Pero ahora, la exagerada búsqueda de opciones creativas de su jefe le estaba pasando factura incluso a ella misma.

Y ese inesperado movimiento en el tablero de ajedrez de su existencia no podía venirle en peor momento. Hacía tiempo que Iris había aparcado su vida sentimental en un recodo del camino, como un coche que hubiera dejado de funcionar. Incapaz de arrancarlo de nuevo, se había bajado y se había marchado a pie, abandonando aquel vehículo como un animal malherido al que ni siquiera tienes ánimos de disparar el tiro de gracia para que deje ya de sufrir. No, soltó el coche en alguna cuneta y se largó de allí andando. Había sido una larga marcha. Durante cinco años se había ido alejando de allí, cinco años de desilusiones sucesivas. Porque Iris, a pesar de haber abandonado el coche del amor en mitad de una curva, al borde de un precipicio, sin embargo, no lo había dado de baja definitivamente, sino que se había encargado de mantenerlo en activo, a base de proporcionarse experiencias frustrantes y absurdas, una detrás de otra. Era el precio pagado por seguir sintiendo